

Cavallero, Pablo

Un obispo gobernante para el bien común: Juan el Limosnero

Stylos N° 20, 2011

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Cavallero, Pablo. “Un obispo gobernante para el bien común : Juan el Limosnero” [en línea]. *Stylos*, 20 (2011). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/obispo-gobernante-para-bien-comun.pdf> [Fecha de consulta:]

UN OBISPO GOBERNANTE PARA EL BIEN COMÚN: JUAN EL LIMOSNERO

PABLO CAVALLERO¹

RESUMEN: La ponencia presenta la figura de Juan, llamado “el limosnero”, arzobispo de Alejandría (610-619), de quien compone un relato hagiográfico el obispo Leoncio de Neápolis, en el año 641. Se intenta demostrar cómo esta figura responde a la imagen tardoantigua del obispo-gobernante, custodio de su pueblo, que busca su propia santidad y salvación pero las construye ocupándose del bien común en la *res publica*. La originalidad de Juan podría radicar en que no es, como se pretendía, un orador habilidoso ni tampoco un teólogo, pero funda su autoridad en la vida reconocidamente santa.

Palabras clave: hagiografía – Leoncio de Neápolis – misericordia – Bizancio – Juan el limosnero

RÉSUMÉ: Cette communication présente la figure de Jean, dit “l’aumônier”, archevêque d’Alexandrie (610-619), dont Léonce de Néapolis compose un récit hagiographique à l’année 641. On tâche de démontrer comment cette figure répond à l’image de l’évêque-gouvernant qu’elle a l’Antiquité tardive, évêque gardien de son peuple, qui cherche sa propre sainteté et salut mais qui les construit en s’occupant du bien commun pour la *res publica*. L’originalité de Jean pourrait se trouver dans le fait qu’il n’est pas, comme on prétendait, un orateur adroit et non plus un théologien; mais il met le fondement de son autorité sur une vie reconnue sainte.

Mots-Clé: hagiographie – Léonce de Néapolis – miséricorde – Byzance – Jean l’Aumônier

¹ UBA – UCA – CONICET

Juan de Chipre, un laico viudo que perdió también a sus hijos, según dice una biografía anónima,² es nombrado Patriarca de Alejandría en el año 610, cuando esa ciudad principal de Egipto está por ser asediada por los persas y es casi dominada por una corriente herética, la de los monofisitas, que no aceptaban la doble naturaleza de Cristo proclamada por el Concilio de Calcedonia.

Varios relatos hay sobre la vida de este señor que, sin ser siquiera presbítero, se vio alzado al rango de arzobispo y, con ello, a asumir incumbencias marcadamente socio-políticas. Entre esos relatos varios nos ocupamos del llamado *Vida de Juan el limosnero*, debido a un colega del personaje, Leoncio, obispo de Neápolis, diócesis de la misma patria chipriota, narración que puede ser fechada como del año 641, es decir, veintiún años después de la muerte del protagonista. Este relato hagiográfico pretende completar uno previo, debido a Juan Mosco y Sofronio, poetas y teólogos amigos de Juan el limosnero, quienes lo dejaron inconcluso.

Nuestra intención en esta ocasión es destacar, a partir del texto conservado en su versión larga,³ editado por Festugière, y del que hemos elaborado una nueva edición bilingüe,⁴ aquellos elementos que permiten presentar al santo que, obviamente preocupado por su propia santidad, ejerce el gobierno de la Iglesia en beneficio de la sociedad y del bien común.

La caracterización del personaje⁵ se centra, desde el título mismo, en destacar el grado heroico de su virtud de la misericordia. Ἐλεήμων es un adjetivo que significa ‘misericordioso’ en general pero que se particularizó en el sentido de ‘limosnero’, por cuanto ἐλεημοσύνη también pasó a significar ‘limosna’, es decir, forma concreta de ayudar a alguien a causa de sentir misericordia por su condición penosa. En otro lugar hemos enumerado los demás adjetivos y giros con que el hagiógrafo hace referencia a su personaje: ellos apuntan a su mansedumbre, justicia, sabiduría, extrema compasión, servicio, honradez, piedad, nobleza, paciencia, humildad, virtudes por las

² Anónimo § 3, en FESTUGIÈRE (1974: 322).

³ Hay otras, corta y media, que fueron publicadas por GELZER (1893).

⁴ Cfr. CAVALLERO *et alii* (2011).

⁵ Véase CAVALLERO (2010).

que Juan es “santísimo” ἀγιώτατος (11: 4, 24), “portador de Dios” θεόφορος (9: 45), “heraldo de Dios” θεοκῆρυξ (11: 46), “digno de admiración” ἄξιοθαύμαστος (29: 10).

Empero, más allá de estos epítetos cuasi épicos del héroe,⁶ frente a los que él sólo se menciona como humilde e indigno, aquí importa destacar los hechos y actitudes concretos que lo presentan como un gobernante. Vamos a pasar revista a ellos:

1. Ante el hecho de que el cercano Oriente está siendo dominado por los persas y que muchos cristianos huyen a Egipto buscando refugio, Juan organiza la construcción de hospedajes para albergar a los que van llegando (pról. 123; 6: 2-16); a ellos Juan les procura alojamiento y atención médica gratuita mientras quieran quedarse, o, si están sanos, dinero para sostenerse;
2. en esa asignación de subsidios, la cantidad es doble si se trata de mujeres (6: 15);
3. por otra parte, Juan visita personalmente a los enfermos y a los moribundos y se ocupa de aliviarlos en cuerpo y alma (cap. 6: 6 ss.; 7: 5; 24: 3 ss.);
4. lo mismo hace con los pobres (27: 1-2), para quienes hace construir un albergue llamado Καισάρειον (19: 21, 27: 2-5); el pobre es una figura de insistente aparición a lo largo del texto, con los términos αἰτῶν, προσαιτῶν, ‘el que pide’, ἐπαίτης, ‘pordiosero’, πτωχός, ‘mendigo’, πένης, ‘pobre’, οἱ δεόμενοι, ‘los necesitados’ y su sinónimo οἱ χηρίζοντες, a los cuales se los considera ἀδελφοί, ‘hermanos’;⁷
5. lo mismo hace para monjes (23: 102 ss.; 48), puesto que los venera especialmente y sabe que les es difícil procurarse el sustento; en esos recintos los hospeda y alimenta;
6. otro sector de la sociedad que recibe sus atenciones son los huérfa-

⁶ Véanse nuestras ponencias “La hagiografía como épica: el caso de *Juan el limosnero* de Leoncio de Neápolis” y “La heroicidad épica de un santo bizantino, Juan el limosnero”, de pronta presentación.

⁷ Cfr. CAVALLERO (2010 b).

- nos, que no pueden valerse por sí mismos; en el caso de un devoto de la Virgen, le crea un legado (35: 20 ss.);
7. y también las viudas (22: 21 ss.), mujeres solas que deben mantener a sus hijos; de ahí que en 60: 32, en ocasión de la muerte del santo, un piadoso tiene una visión por la que son los mendigos, huérfanos y viudas quienes hacen séquito al obispo fallecido, por haber sido particularmente asistidos por él;
 8. asimismo, Juan se ocupa del pueblo en general, oprimido por la hambruna (8: 45 en Bretaña; 11: 10 ss. en Egipto); el Patriarca reparte todo lo que tiene y envía la flota a Sicilia para aportar trigo;
 9. también se ocupa del que afronta un problema individual, como el que no puede cultivar por sequía y no tiene con qué pagar impuestos (cap. 30): Juan le envía oro como adelanto y le cede su propia túnica;
 10. asimismo, son objeto de su atención los esclavos, a quienes rescata cuando son maltratados (33: 39-43): si el patrón de alguno no atiende sus exhortaciones a respetarlo, Juan hace que el esclavo busque refugio y reclame ser vendido, para comprarlo él mismo y luego poder dejarlo libre. En referencia a los esclavos, es importante un pasaje del cap. 34: 8-11, en que dice:

pues Dios no nos los dio para golpearlos sino para que sean esclavos y, quizás, ni siquiera para esto, sino para que sean mantenidos por nosotros con aquello con lo que Dios nos enriqueció,

οὐ γὰρ διὰ τὸ πλήττειν τούτους ἔδωκεν ἡμῖν αὐτοὺς ὁ θεός, ἀλλὰ διὰ τὸ δουλεύεσθαι, τάχα δὲ οὐδὲ διὰ τοῦτο, ἀλλὰ διὰ τὸ συγκροτεῖσθαι παρ' ἡμῶν ἐξ ὧν ὁ θεὸς ἐπλούτισεν ἡμᾶς,

lo cual parece constituir un alegato sobre la igualdad humana, al indicar que “quizás” no deberían ser esclavos sino merecedores de atenciones como todos los demás;

11. respecto de la sociedad toda, el Obispo pone freno a la corrupción,

sobre todo de los magistrados a quienes, para evitar la tentación, les aumenta el sueldo (cap. 3); asimismo, reprocha a los que entregan menos dádivas que las ordenadas por él (cap. 9) y censura a quien pretende comprar la ordenación diaconal aprovechándose de la hambruna (cap. 11).

La actitud que Juan tiene ante el necesitado es la de dar a todo el que le pida (36: 1-3), incluso haciéndose el que no se da cuenta de su engaño (7: 15) cuando un mendigo le pide tres veces como si fuera diferentes personas. En esta actitud, Juan actúa de modo similar a Simeón 'el loco', es decir, se 'finge' loco o tonto, porque prefiere anteponer la bondad y, a la vez, ocultar la virtud. Tiene también actitudes de asceta (cap. 47), porque elige la pobreza, la austeridad. Es capaz de aceptar una bofetada (39: 4-13) y se cuida de injuriar a otro (cap. 50). Su prudencia hace que corrija sigilosamente el orgullo (cap. 42), de modo de no exponer el pecado ajeno.

Su actitud es también la de un maestro; siempre enseña, sea:

1. con la palabra directa, discursos admonitorios, como el relativo a tener presente la muerte (43: 61 ss.), o diálogos con las características de los repertorios de preguntas y respuestas o comentarios sobre actitudes ajenas, cual es elogiar a quien recomienda anteponer el Reino de los Cielos al trabajo y sus preocupaciones (cap. 51);
2. también enseña con la cita de las Sagradas Escrituras (por ej. cap. 2: 25);
3. con el relato de anécdotas de santos como Pedro (cap. 20-21) o el monje Vitalio (cap. 38), o el del prisionero que se sentía liberado cuando se rezaban misas por él (24: 15 ss.), los cuales constituyen una estrategia evangelizadora amena y que desvía el modelo desde la propia persona hacia otras, como signo de humildad;
4. con la inclusión de visiones oníricas, propias o ajenas, como la que en el cap. 6: 50 ss. cuenta que tuvo él mismo, en la aparición de Compasión o Limosna, y la de 23: 20-27, cuando narra que ve en sueños a un monje giróvago, el cual le revela que había sido castigado injustamente por Juan; o como la visión relatada en 21: 71-84, donde es Pedro quien ve a un personaje brillante que porta una cruz en la cabeza y lleva puesta la ropa que Pedro había dado en caridad:

- es Cristo mismo, que se manifiesta como receptor de toda obra de misericordia; o la que tenía un prisionero que, cada vez que se rezaba una misa por él, recibía la visita de un ángel, “alguien vestido de blanco como el sol”,⁸ que lo sacaba de la cárcel y le permitía pasear todo el día (24: 34-39); un caso interesante es el de 25: 48 ss. donde un hombre recibe en sueños la imagen de una persona similar a Juan, que le explica el sentido de la muerte de su hijo: es decir, el mismo protagonista es imagen onírica para un personaje episódico;
5. otras enseñanzas surgen del reconocimiento de las propias fallas, como cuando Juan advierte que se equivoca al juzgar al monje eunuco, supuestamente lujurioso (cap. 23);
 6. también enseña con decisiones paradójicas, como ser el premiar a quien ultrajó a su sobrino (14: 30 ss.); el negar la comunión a quien no quiere reconciliarse (15: 16 ss.); el no admitir malas palabras (16: 25 ss.); el dejar inconclusa su tumba como muestra de humildad (17: 26 ss.); el vender un regalo costoso para privilegiar la limosna (19: 56 ss.); estas decisiones lo caracterizan como alguien especial, fuera de lo común, porque muestra un grado excelso de bondad, propio de la santidad;
 7. también es maestro en cuestiones teológicas, aspecto que podemos considerar más propio de su función de pastor espiritual; para ello explica la posición ortodoxa frente a las heréticas (16: 5-12) o envía cartas pastorales (cap. 49: 7 ss.) o pide a teólogos que enseñen.

Mención aparte merecen aquellos hechos que implican una acción ‘maravillosa’, es decir, un milagro, que no depende ya de la responsabilidad y dedicación de gobernante sino de su condición de santo, por intercesión del cual Dios opera acciones sobrenaturales. Ellos son el convertir el estaño en plata (8: 63 ss.); el conocer el pensamiento ajeno (9: 25, 45 ss.); el convertir la miel en oro (10); y, después de su muerte, que los cadáveres de la tumba le hagan espacio para recibirlo (58: 7-13); que haga desaparecer lo escrito como confesión en una tablilla (59: 85-92); que se aparezca al virtuoso Sabino en una visión como acogido por la Virgen (60: 6 ss.); que se aparezca a

⁸ τις λευκοφόρος ὡς ὁ ἥλιος.

otro habitante en una visión, como seguido en procesión por todos los que habían recibido su auxilio (60: 30-34); que se perciba perfume de santidad en la misa de su funeral (60: 45-50).

Pero resta un aspecto importante de su labor gubernamental, vinculado con el elogio de ‘buscar el Reino de Dios y su justicia’. En tanto patriarca, Juan tenía la atribución pero también el deber de aplicar justicia.⁹ Una de sus primeras actividades a favor de ella fue mandar a confeccionar pesas exactas, con el fin de evitar el fraude en las medidas comerciales (cap. 2). Por otra parte, facilitaba a los necesitados de justicia el ser atendidos, saliendo de su palacio arzobispal y sentándose todos los miércoles y viernes ante la catedral, de modo de evitar ‘burocracias’; y, para dar confianza y libertad de palabra a quien necesitara plantearle un litigio o necesidad, se hacía acompañar solamente por un síndico. Buscaba solucionar sin demoras los problemas, argumentando que nosotros pretendemos que Dios nos oiga y beneficie rápidamente (cap. 4). Por esto mismo, en el cap. 31 se señala que Juan no posterga dar solución al reclamo que hace una mujer por una injusticia de su yerno, de modo que el Obispo la atiende a pesar de hallarse en peregrinación y contra la opinión de su séquito. Otro detalle destacable es que, antes de emitir un fallo, Juan escucha ‘las dos campanas’: en el cap. 13 señala el personaje que muchas veces se equivocó en su sentencia por haber oído solamente los informes acerca de una de las partes, lo cual encerraba errores o calumnias, como le ocurre en el cap. 23 a propósito del ya mencionado eunuco, experiencia por la cual se opone a castigar al monje Vitalio; allí menciona la costumbre del emperador Constantino de oír a las dos partes en disputa y el episodio evangélico en que Cristo no condena a la adúltera (cap. 38). Asimismo, no aplica venganza sino que devuelve bien por mal: en el caso del comerciante que ofendió al sobrino del patriarca, Juan beneficia al ofensor determinando que no se le cobren impuestos (cap. 14).

Para toda esta labor que hemos reseñado brevemente, Juan tiene una perseverante confianza en la Providencia y en la generosidad de Dios como fuentes de su acción misericordiosa, más allá de que como administrador de la ciudad perciba impuestos ($\delta\eta\mu\acute{o}\sigma\iota\alpha$ ¹⁰) y también rentas de las propieda-

⁹ Cfr. DÉROCHE 1995: 142 ss.

¹⁰ Es decir, la *capitatio* del Imperio Romano, el impuesto ‘por cabeza’.

des eclesiásticas (ἐνοίκιον, 14: 41). Pues además de administrar los bienes episcopales y de emplear todo su aparato burocrático a favor de la comunidad, no duda en dar también los bienes propios, como son sus vestimentas, su tiempo, su sabiduría, con absoluta certeza de que son, todos, propiedades de Dios. Esta posición le granjeó problemas con el gobernador Nicetas; el texto dice:

(Nicetas) – El reino pasa estrechez y está necesitado de dinero. En lugar de que el dinero percibido por ti como renta sea gastado tan sin reservas, dalo al reino para las arcas públicas.
Él, tras permanecer imperturbable ante lo dicho, le dice:
— No creo justo, señor patricio, aportar al reino terrenal lo aportado al celestial. (10: 5 ss.)¹¹

Y, en otro pasaje:

El patricio fue a administrar el mercado para provecho público; el patriarca no soportaba esto, siendo él providente para la salvación de los pobres. (13: 13-15)¹²

Estos *loci* dejan en claro que hay dos tipos de intereses: el patricio Nicetas quiere destinar los impuestos y rentas al tesoro público, ‘estatal’, sin especificar su aplicación, mientras que el patriarca Juan quiere emplear el beneficio en el auxilio de los necesitados.

Jean-Claude Fredouille señala que hay una tradición, ya desde el s. IV, por la que el Obispo desarrolla una acción “social o sociológica”, que consiste en “*officia caritatis, misericordiae*”, labor que incluye “la intervención en

¹¹ «Ἡ βασιλεία στενοῦται καὶ χρημάτων ἐπιδέεται. ἀνθ’ ὧν οὖν οὕτως ἀφειδῶς δαπανῶνται τὰ εισοδιαζόμενά σοι χρήματα, δὸς αὐτὰ τῇ βασιλείᾳ εἰς τὴν δημοσίαν σακέλλαν.» ὁ δὲ ἐπὶ τῷ λεχθέντι ἀτάραχος διαμείνας λέγει πρὸς αὐτόν «Οὐ δίκαιον οἶμαι, κύριε ὁ πατρῴκιος, τὰ τῷ ἐπουρανίῳ βασιλεῖ προσενεχθέντα τῷ ἐπιγείῳ προσενέγκαι».

¹² Ὁ μὲν πατρῴκιος ἦλθεν διοικῆσαι τὴν ἀγορὰν τοῦ δημοσίου κέρδους ἕνεκεν. ὁ δὲ πατριάρχης τοῦτο οὐκ ἠνείχετο τῆς τῶν πενήτων προνοούμενος σωτηρίας.

la justicia secular”.¹³ A raíz de estas acciones, el pueblo solía considerar a su santo Obispo fallecido *patronus* o *προστάτης*, como los paganos solían hacer con sus dioses o con sus héroes locales, pero extendiendo el poder que tenían tales magistrados civiles a logros menos habituales o pedidos más relevantes. Y hacían esto porque percibían a sus Obispos como ‘protectores’ ya en vida, de modo que en el epistolario la gente se dirigía al jerarca como *patronus* o como *προστάτης*, al menos en sentido etimológico, es decir, como quien ‘está colocado al frente’ de la comunidad y, por lo tanto, debe ocuparse de ella.¹⁴

La importancia de los ‘hechos’ y ‘dichos’ como vehículos de acción para el bien común radica en que “las palabras convencen, pero los ejemplos arrastran”, como dice el refrán. Juan cumple prácticamente todas las ‘obras de misericordia’, tanto las de carácter ‘corporal’ (dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento; vestir al desnudo; visitar al enfermo; asistir al preso; alojar al peregrino; sepultar a los muertos) como las de carácter ‘espiritual’ (enseñar al que no sabe; dar consejo al que lo necesita; corregir al que yerra; perdonar las injurias; consolar al afligido; tolerar los defectos ajenos; orar por los difuntos). Pero por el puesto que él ocupa, esta práctica tiene una mayor trascendencia y eficacia social, dado que tiene un alcance más amplio que el puede lograr un particular. Si bien es innegable que el protagonista busca su salvación personal y que sus acciones apuntan a ‘reunir méritos’, nos parece indudable que su obra es una manera de luchar por establecer el Reino en este mundo, *hic et nunc*, y para todos, más allá de la salvación en sentido ‘escatológico’. El protagonista dice explícitamente acerca de quien hace misericordia:

gana dos cosas: la una, que salva las almas de aquellos [los mendigos]; la segunda, que también él a partir de esto obtiene una recompensa no escasa. (19: 68-71)

δύο γὰρ ταῦτα κερδαίνει ὁ τοιοῦτος, ἐν μὲν ὅτι τὰς ψυχὰς ἐκείνων σώζει, δεύτερον δὲ ὅτι καὶ αὐτὸς ἐκ τούτου μισθὸν

¹³ FREDUILLE (1997: 18).

¹⁴ Cfr. *ibid.* 19-20.

οὐκ ὀλίγον ἐσχάνει.

Puesto que en el año 641 Egipto se hallaba en poder persa, la narración aporta a la comunidad cristiana ‘ortodoxa’ una añorable imagen del patriarca ideal, protector de su pueblo. Juan reúne su virtud personal y la capacidad ‘estatal’ o ‘pública’ que le da su cargo religioso, de modo que se torna modelo para el individuo pero también para el estadista en sentido amplio, porque no sólo atiende la necesidad puntual u ocasional sino que emprende acciones duraderas, como la construcción de hospicios y hospitales en beneficio de sectores amplios de la sociedad.

Ramón Teja¹⁵ ha destacado que una de las armas más valoradas en un Obispo era la habilidad retórica, a tal punto que las ciudades intentaban tener a un orador en el episcopado. En el caso de Juan, si bien no carece totalmente de esa habilidad (véase el discurso de cap. 43: 3-48),¹⁶ los herejes opositores se burlan porque él no es un maestro sofista (cap. 37: 1 ss.). Si la elocuencia era un puente entre paganos y cristianos,¹⁷ en el caso de Juan se acentuaría la diferencia. Por otra parte, tampoco es Juan un teólogo como los grandes maestros alejandrinos de los siglos precedentes. Frente a ese ‘desconocimiento’ de la retórica, que pondría en peligro el liderazgo episcopal desde la cátedra,¹⁸ Leoncio destaca en su personaje la virtud en grado heroico y una sabiduría que no surge de los ‘estudios’ sino de la fe práctica. Así, parece claro que Leoncio pretende, con su narración, enaltecer la persona de Juan, ensalzar su virtud como imitable y, a la vez, destacar su rango como el de una autoridad digna, cuyo indiscutible poder debe ser utilizado en la *res publica* para beneficio común: el Obispo ha de ser un ‘gobernante’, un ‘timonel’ en sentido etimológico, que mantenga no sólo la nave a flote sino también el rumbo correcto, sin ‘contaminarse’ con los peligros del poder y de la riqueza.

¹⁵ Cfr. TEJA (1999: 86 ss.).

¹⁶ Por otra parte, Juan el limosnero es a su vez autor de la *Vida de san Ticón de Amatunte*. Sobre esto véase LONGO (2004: 218).

¹⁷ TEJA (1999: 90).

¹⁸ Cfr. TEJA (1999: 105).

BIBLIOGRAFÍA MENCIONADA

- CAVALLERO, P. “Caracterización y técnica narrativa en *Juan el limosnero*, de Leoncio de Neápolis”. *Byzantion Nea Hellás* (Santiago de Chile). 2010; 29: 169-187.
- “La pobreza en *Juan el limosnero* de Leoncio de Neápolis: léxico y contexto”. *Erytheia* (Madrid). 2010 b; 31: 35-53.
- CAVALLERO, P. *et alii*: Leoncio de Neápolis, *Vida de Juan el limosnero*, edición bilingüe con introducción, notas y apéndices. Buenos Aires: UBA, 2011 (en vías de publicación).
- FESTUGIÈRE, A.-RYDÉN, L. *Léontios de Néapolis, Vie de Syméon le fou et Vie de Jean de Chypre*. Paris: Paul Geuthner, 1974.
- FREDOUILLE, J. “Le héros et le saint”, p. 11-25. En: *Du héros païen au saint Chrétien. Actes du Colloque organisé par le Centre d'Analyse des Rhétoriques religieuses de l'Antiquité* (Strasbourg, 1995). Paris: 1997.
- GELZER, H. *Leontios' von Neapolis Leben des heiligen Iohannes des Barmherzigen, Erzbischofs von Alexandrien*. Freiburg-Leipzig: Mohr, 1893.
- LONGO, A. “Vite, passioni, miracoli dei santi”, p. 183-227. En: CAVALLO, G., ed. *La cultura bizantina*. Vol. I de *Lo spazio letterario del medioevo*. 3. *Le culture circonstanti*. Roma, Salerno: 2004.
- TEJA, R. Emperadores, obispos, monjes y mujeres. Protagonistas del cristianismo antiguo. Madrid: Trotta, 1999.